

El regreso del peregrino

MARK JONES

*Cómo guardarnos del
descarrío y la apostasía
en la vida cristiana*


P U B L I S H I N G
P.O. BOX 817 • PHILLIPSBURG • NEW JERSEY 08865-0817

©2025 por P&R Publishing

Traducido del libro *The Pilgrim's Regress: Guarding against Backsliding and Apostasy in the Christian Life* ©2023 por Mark Jones, publicado por P&R Publishing.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema portátil, o transmitida en ninguna forma o por cualquier medio —electrónico, mecánico, fotocopiado, grabado o de cualquier otra índole—, a excepción de citas breves para el propósito de revisar o comentar, sin el permiso previo del publicador P&R Publishing Company, P.O. Box 817, Phillipsburg, New Jersey 08865-0817.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de Nueva Biblia de las Américas (NBLA), Copyright © 2005 por The Lockman Foundation. Usadas con permiso. www.NuevaBiblia.com.

Las citas de las Escrituras marcadas como (RVR1960) son tomadas de la Reina-Valera 1960® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de Sociedades Bíblicas Unidas, y se puede usar solamente bajo licencia.

Las citas de las Escrituras marcadas como (RVA) son tomadas de la Reina-Valera Antigua® Dominio público.

Las cursivas incluidas en las citas bíblicas y en citas de otros documentos indican que se ha añadido énfasis.

Traducción: Julio Caro Alonso, Santiago, Chile

Corrección de estilo: Neytan Jiménez, San José, Costa Rica

Maquetación y diseño de portada: Francisco Adolfo Hernández Aceves, CDMX, México

Impreso en los Estados Unidos de América.

ISBN: 979-8-88779-198-2 (Español tapa blanda)

ISBN: 979-8-88779-199-9 (Español libro electrónico)

ISBN: 978-1-62995-966-5 (Inglés tapa blanda)

ISBN: 978-1-62995-967-2 (Inglés libro electrónico)

Con mucho aprecio para dos pastores de los comienzos de mi vida cristiana que ayudaron a progresar a este peregrino:

Leigh Robinson
Jack C. Whytock

Y a Aquel que es poderoso para guardarlos a ustedes sin caída y para presentarlos sin mancha en presencia de Su gloria con gran alegría, al único Dios nuestro Salvador, por medio de Jesucristo nuestro Señor, sea gloria, majestad, dominio y autoridad, antes de todo tiempo, y ahora y por todos los siglos. Amén.

Judas 24-25

Contenido

Prólogo 9

Prefacio 13

Reconocimientos 17

Introducción 19

1. El testimonio de las Escrituras 27
2. El progreso del peregrino 41
3. Las distintas variedades de cristianos 53
4. La insidia del pecado 67
5. El enfriamiento del amor 81
6. El resurgimiento del orgullo 95
7. El abandono del temor piadoso 107
8. La muerte de la mortificación 121
9. El descuido de la oración 135
10. El desprecio por la Escritura 149
11. El abandono de la iglesia 161
12. La necesidad de descarriarse 173
13. La restauración de los descarriados 185
14. El declive hacia la apostasía 197
15. La victoria de la gracia débil 207

El regreso del peregrino

Conclusión	219
Para mayor lectura	223
Bibliografía	225

Prólogo

En años pasados, algunos miembros de nuestra iglesia contrajeron enfermedades mortales. Uno de ellos contrajo cáncer y los otros (aparentemente) contrajeron apostasía. Estas dos enfermedades tienen muchas cosas en común.

La apostasía, como el cáncer, aparece de forma silenciosa, ataca áreas de nuestro ser de una manera tan sutil que no se suele percibir hasta que la enfermedad está fatalmente avanzada; ambas son incapacitantes, dejan al enfermo tan dañado que este pierde la fuerza para poder pelear la batalla; y finalmente, ambas pueden ser mortales.

No obstante, la mortandad de cada una de estas enfermedades es diferente. El cáncer te quita la vida física, pero aquellos que están en Cristo tienen la esperanza de partir con el Señor y estar en una condición mucho mejor. De hecho, una querida hermana que batalló con el cáncer y murió en este mundo, ahora vive con Cristo y algún día la veremos de nuevo en gloria.

Pero no se puede decir lo mismo de la apostasía. Aquellos que se contaminan con ella, y no reciben el tratamiento adecuado, no tienen ninguna esperanza. Son como el hombre enjaulado en el *Progreso del peregrino*, a quienes lo único que les aguarda es una horrenda expectación de fuego que ha de consumirlos por la eternidad (He 6 y 10).

Incluso mientras están en esta tierra, son realmente como muertos, pues no tienen esperanza, ya que el único que les puede dar vida y plenitud en su vida, ha alejado su rostro de beatitud

de tal manera que vivirán por el resto de la vida turbados (Sal 104), en terrible oscuridad. Son muertos vivientes.

Cuando escuchamos que cierto producto produce cáncer, sabiamente (la mayoría de las veces) dejamos de consumirlo, pues no queremos que esa horrenda enfermedad afecte nuestro cuerpo. Y no solo eso, sino que ingerimos aquello que sabemos que ayuda a reducir las posibilidades de contraer dicha enfermedad. ¿No deberíamos hacer lo mismo con la apostasía?

Si la apostasía es la peor condición en la que un hombre puede estar, ¿no deberíamos huir de lo que la provoca y practicar lo que la mantiene lejos de nosotros? Si ese es tu deseo, el libro que tienes en tus manos servirá como un efectivo profiláctico y antídoto para protegerte de esa horrible condición.

En *El regreso del peregrino*, Mark Jones diagnostica y expone la miseria de la apostasía, lo cual produce un temor que nos mueve a huir de esta. Pero además nos ofrece un tratamiento completo contra la misma por medio de prescribir saludables consejos bíblicos.

Aunque todo aquel que teme al Señor se beneficiará de leer este libro —pues las advertencias divinas nos invitan a caminar con circunspección—, este será particularmente útil para aquellos cristianos que se encuentran fríos o apáticos en la vida cristiana, que están cediendo al pecado, que están considerando regresar al mundo, o para quienes están dejando de hacer uso de los medios de gracia (como la lectura de la Biblia, la oración y la congregación).

En este libro no escucharás meras amenazas y represiones, sino la voz comprensiva y tierna de un pastor —que también es oveja— que realmente se preocupa por el rebaño y quiere dar a conocer el mensaje de Cristo, el gran Pastor de las ovejas, el cual dice: «Vuelve a casa hijo extraviado y serás bienvenido y yo te haré descansar».

Quiera Dios usar este libro para fortalecer la vida de cualquier creyente que esté atravesando un lapso espiritual, de manera que

Prólogo

no se aleje definitivamente y pueda volver al Dador de vida, pues
¿a quién iremos si solo en Él hay vida eterna?

Hector A. Bustamante
Guadalajara, Jal. México
2025 *Anno Domini*

Prefacio

En el año 2013, escribí *Antinomismo: el intruso inesperado de la teología reformada* (P&R Publishing). En ese libro, abordé varios problemas que estaban ocurriendo en los círculos reformados en un sentido general. Por aquel entonces, surgió la idea de que la santificación es el arte de *solo* acostumbrarnos a nuestra justificación. Por lo general, hay otras posturas preocupantes ligadas a esa creencia, posturas que, en gran medida, se arraigaron en la opinión popular. Surgieron muchas ideas peculiares que en realidad no armonizaban con la ortodoxia reformada histórica, pero cuestionarlas llegó a significar correr el riesgo de ser catalogado como «opositor al evangelio». Advertir a los creyentes del posible daño espiritual de la tibieza parecía contrario a los frecuentes llamados a que «descansaran en la sublime gracia de Dios».

Podemos sentir gratitud por los libros cristianos que hablan con fidelidad de las glorias de la salvación de Dios mediante Cristo. Sin embargo, ¿qué hacemos con los libros que abordan temas que nos resultan incómodos? ¿Acaso somos tan ingenuos que pensamos que todo está bien en la iglesia de hoy? Y si admitimos que hay problemas serios asolando a la iglesia, ¿estamos preparados para aceptar que, a veces, necesitamos que nos exhorten y adviertan, y no solo que nos animen?

La presente obra considera el tema del descarrío espiritual cristiano y, en menor grado, la apostasía. Para enseñar y predicar sobre el descarrío o retroceso espiritual, debemos tener ideas claras de qué es lo que se requiere para caminar fielmente con

Dios. Como muchos desean que la vida cristiana solo consista en descansar en la gracia de Dios, no se sienten cómodos hablando de la realidad de que es posible que nos descarriemos, incluso mientras nos hallamos en un estado de gracia, y suframos daños espirituales (p. ej., una comunión poco frecuente con Dios). Sin embargo, no debemos evitar los temas difíciles, los cuales requieren cuidado, precisión y visión pastoral para ayudar al pueblo de Dios. Por lo tanto, en este libro sobre el descarrio y la apostasía, he recurrido a pastores y teólogos de varias épocas de la historia de la iglesia, hombres que consideraron necesario escribir sobre estos asuntos. Este es un tema que parece evitarse hoy en día, pero que sin duda no lo fue en épocas pasadas.

Entre esos guías están los hombres conocidos como puritanos, aunque yo prefiero ver a la mayoría de esos teólogos británicos como católicos reformados. Después de todo, sus sermones y escritos están repletos de referencias a muchos pastores y teólogos de épocas anteriores de la historia de la iglesia (por eso eran católicos), pero también formaban parte de una robusta tradición confesional reformada y ecuménica en un sentido u otro (por tanto, eran reformados). Los puritanos no siempre son apreciados, incluso en algunos círculos reformados. Hay motivos por los que eso resulta extraño, y uno no menor es el hecho posiblemente fastidioso de que los puritanos escribieron los documentos confesionales que muchas iglesias presbiterianas adoptan hasta el día de hoy. De todos modos, muchos afirman que los puritanos nos roban la seguridad de salvación, y señalan como ejemplos la obra de John Owen sobre *La mortificación del pecado* e incluso *El progreso del peregrino* de John Bunyan. Sin embargo, un libro de Thomas Goodwin, *El corazón de Cristo en el cielo hacia los pecadores en la tierra*, fue la columna vertebral del muy apreciado libro *Manso y humilde* de Dane Ortlund.

Resulta inevitable preguntarnos si los críticos de los puritanos han leído de forma esmerada y exhaustiva las obras de otras eras de la historia de la iglesia. Si muestran reservas respecto a la teología pastoral puritana, no puedo imaginar cómo se sentirían

al leer a muchos de los padres de la Iglesia primitiva o a los teólogos medievales. Incluso los reformadores de la primera generación escribieron palabras alarmantes que podrían hacernos sentir un tanto culpables. —No me imagino qué opinarían sobre el capítulo de la mujer de Lot del libro *La santidad* de J.C. Ryle—.

Aunque en este libro recurrí a los puritanos, también disfruté en gran manera las obras de teólogos de diversas tradiciones, como Thomas Boston (1676-1732), Andrew Fuller (1754-1815), Archibald Alexander (1772-1851) y Octavius Winslow (1808-1878). Ninguno de esos hombres era puritano. Sin embargo, escribieron de un modo claro y perspicaz sobre el descarrio y la apostasía. Entendían los peligros del retroceso espiritual, sus síntomas y las curas necesarias para que los santos volvieran a tener una comunión cercana con Dios y con Su pueblo.

Esta obra no es de carácter académico; es un libro de teología pastoral. Por lo general, los pastores deberían ser las personas más adecuadas para escribir y predicar sobre este tema, ya que han tenido que tratar directamente con gente descarriada y apóstata. Los pastores enfrentan esa triste realidad sin importar cuán saludables sean sus iglesias. Estoy profundamente agradecido por la fidelidad de los siervos de Dios en mi propia iglesia, donde he tenido el privilegio de ministrar por más de quince años. Durante ese tiempo, algunos se han descarriado y luego han regresado; otros se han descarriado y tristemente no han vuelto (¿aún?); al parecer, algunos se están descarriando; puede que otros se descarrien en el futuro, y muchos están creciendo de forma gloriosa en la gracia mientras avanzan hacia la gloria. En realidad, los descarrios de los miembros de la iglesia solo son una parte de la historia. Como explico más adelante, no sé cuántas veces Dios ha usado mi comunión con estos santos fieles para preservarme a mí mismo (y también preservar a ellos) del descarrio. Pero, a estas alturas, lo que sí sé basta para agradecer a Dios por ellos.

De todos los libros que he podido escribir, este me ha resultado particularmente difícil, no solo porque toca fibras sensibles

respecto a muchas personas que amo en mi propia vida, sino también porque conozco mi propio corazón y me fue natural escribir algunas de las ideas de estas páginas, ya que se basaron en mi propia y dolorosa experiencia personal. Por ese motivo, mi oración es que, si en estas páginas hay dolor para ti, también haya esperanza, sanidad y alegría.

Reconocimientos

Me ha sido posible escribir este libro gracias a la ayuda de muchas personas. De forma específica, quiero agradecer a John Hughes de P&R Publishing por todo el trabajo que realizó para que este libro fuera realidad. Además, es difícil encontrar buenos editores, pero Karen Magnuson es una excelente profesional en dicho campo. Mi amigo Bob McKelvey leyó todo el manuscrito e hizo muchos comentarios útiles. Ha sido una gran bendición para mí a lo largo de los años desde que supervisó mi tesis de maestría sobre John Owen. En Vancouver, tengo la bendición de contar con una congregación solidaria, con ancianos que me animan a escribir para la iglesia en su sentido amplio. Asimismo, en esta ocasión, un diácono de Faith Church, Mike O'Donaghue, leyó el manuscrito y me animó de formas específicas. Por último, no podría desear una mejor familia. Como diría Tina Turner, mi esposa y mis hijos son simplemente los mejores. *Soli Deo Gloria.*

Introducción

En el Nuevo Testamento, no existe el creyente cuya perseverancia está tan garantizada que puede darse el lujo de ignorar las advertencias que resuenan con tanta frecuencia (Sinclair Ferguson).¹

William Plumer, un gran teólogo presbiteriano del siglo XIX, nos cuenta que alguien acusó a un pastor de oponerse a la doctrina de la perseverancia de los santos. El ministro respondió que era cierto que se oponía a la perseverancia de los pecadores (impenitentes), pero que creía plenamente en la perseverancia de los santos. No satisfecho con eso, su acusador replicó: «¿Cree usted que es imposible que un hijo de Dios caiga muy bajo y sea restaurado?». ² Sin negar esa posibilidad, el pastor contestó con calma que sería «muy peligroso hacer el experimento». ³ Plumer concuerda con su respuesta y añade: «Si alguien está decidido a ver qué tanto puede declinar en la religión y aun así ser restaurado, perderá su alma». ⁴ Aunque yo preferiría decir: «Probablemente perderá su alma», el instinto de Plumer parece ser correcto: es peligroso alejarnos

-
- 1 Sinclair Ferguson, *The Christian Life: A Doctrinal Introduction* [La vida cristiana: una introducción doctrinal] (Banner of Truth, 1981), 174.
 - 2 William S. Plumer, *Vital Godliness: A Treatise on Experimental and Practical Piety* [Piedad vital: un tratado sobre la piedad experiencial y práctica] (American Tract Society, 1864), 148.
 - 3 Plumer, 148.
 - 4 Plumer, 148.

deliberadamente de Dios, lo que también se conoce como descarrío cristiano o retroceso espiritual.

Por lo general, los cristianos aceptan la clara enseñanza bíblica de que, una vez que estamos en Cristo, debemos ser como Él en santidad (Ro 8:29), morir al pecado y vivir para la justicia. La vida de la fe (Gá 2:20) —la vida santificada— es un viaje «de gloria en gloria» (2 Co 3:18). Sin embargo, los cristianos también saben que el pecado remanente que aún mora en ellos les impide seguir a Cristo como deberían, y, peor aún, a veces los lleva a alejarse de Él. Cuando ese alejamiento no es controlado, lo llamamos *descarrío*.

Parece que un constante aguijón en nuestra carne es la tendencia a dejar de vivir bien para Dios y por Su gracia. Hablando sobre el descarrío, el 13 de marzo de 1870 Charles Spurgeon le dijo a su congregación: «Me temo que esta enfermedad está tan generalizada en el pueblo de Dios que difícilmente habrá alguien entre nosotros que, en un momento u otro, no la haya sufrido».⁵

Si hay una reflexión más humillante que cualquier otra para un creyente de mente espiritual es que, después de todo lo que Dios ha hecho por él —después de todas las ricas muestras de Su gracia, Su paciencia y la ternura de Sus instrucciones [...],

5 Charles Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit: Sermons* [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano: sermones] (Passmore & Alabaster, 1871), 145. En el resto de la frase, Spurgeon añade: «Y me temo que, si juzgáramos bien nuestro corazón, la mayoría de nosotros podría confesar que estamos descarriándonos en alguna medida incluso ahora». Creo que entiendo el sentido de lo que Spurgeon dice aquí, en especial si consideramos su frase «en alguna medida». Sin embargo, mi definición del descarrío como algo más obvio y sostenido que nuestras falencias generales como cristianos me lleva a decir que probablemente yo no intentaría sembrar en mi propio rebaño la duda de que todos básicamente están descarriados. Si todos están descarriados, nadie está descarriado.

las señales de amor recibidas y las lecciones aprendidas por la experiencia—, en el corazón aún existe un principio que tiende a alejarse de Dios de un modo secreto, perpetuo y alarmante.

Eso escribió Octavius Winslow, un pastor del siglo XIX contemporáneo de Charles Spurgeon y J. C. Ryle en su notable obra *El enfriamiento espiritual*.⁶ Ciertamente, son pocos los hijos de Dios que no reconocen con humildad que somos propensos a apartarnos del Dios vivo, alejarnos de nuestro Salvador y, así, contristar al Espíritu..

¿Sientes que, en la iglesia de hoy, hay un declive general en cuanto al celo fiel y bíblico por Dios? No creo que podamos decir que en la actualidad las cosas están peor que nunca. Eso resulta difícil de demostrar y revela una visión ingenua de la historia de la iglesia y de los seres humanos. Por naturaleza, tendemos a pensar que ahora estamos viviendo en una época de verdadero peligro espiritual. Y, en un sentido, eso es cierto. Si podemos creer en las estadísticas y en las observaciones comunes, hemos estado enfrentando una crisis de «abandono de la iglesia», por así decirlo, desde el año 2015.

Vivimos en tiempos riesgosos. Sin embargo, el puritano John Owen también se sentía así en su época. En su obra *On the Nature of Apostasy* (Sobre la naturaleza de la apostasía), comienza su sección «Al lector» señalando:

El hecho de que, en estos días, la religión se halle en un estado deplorable en la mayor parte del mundo cristiano es reconocido por todos los que se interesan en cualquier cosa llamada religión [...]. Resulta tan evidente que todo el mundo está repleto de los terribles efectos de las concupiscencias de los hombres y de tristes muestras del desagrado divino, que todas las cosas de lo alto y de lo bajo proclaman que nuestra religión, en

6 Octavius Winslow, *Personal Declension and Revival of Religion in the Soul* [*El enfriamiento espiritual*] (Wipf and Stock, 2001), 9.

su profesión, se ha degenerado y ha perdido su prístina gloria y belleza.⁷

Resulta inevitable preguntarnos qué diría Owen hoy (¡probablemente muchas cosas!).

No debemos pensar que somos lo peor de todos los tiempos, pero también debemos tener cuidado y no pensar que estamos viviendo en una época de bendiciones sin precedentes. Como pastor, creo que la realidad de la reciente pandemia mundial (COVID-19) ha exacerbado algunos problemas que probablemente ya estaban presentes en la iglesia, pero que ahora se manifestaron abiertamente y de formas únicas (p. ej., la falta de hospitalidad o la indiferencia hacia la ella).

Muchos cristianos lamentan su propia decadencia personal durante los últimos años. Al parecer, algunos están genuinamente preocupados por su continua apatía y tibieza hacia las cosas del Señor, pero no saben cómo «recuperarse» y redescubrir su primer amor. Otros parecen estar conscientes de que su vida cristiana ya no es ni se siente como antes, pero al parecer no les importa su malestar. Muchos se ausentan voluntariamente de la adoración congregacional, y parece que la conciencia ya no les molesta porque se escudan en varias excusas que ya no suenan del todo justificables. Algunos siguen diciendo que ven los cultos en línea, pero incluso los que de verdad lo hacen admiten que tienden a verlos cuando les resulta conveniente y, muchas veces, con poca atención.

Podemos sentir algo de compasión por lo difíciles que se han vuelto muchos aspectos de la vida cristiana debido a la pandemia. Por ejemplo, la comunión y la hospitalidad cristiana quedaron relegadas a reuniones virtuales en muchos países, lo cual simplemente agudizó la lucha contra la falta de hospitalidad hacia los demás y, por ende, hacia el Señor (Mt 25:40). Sin embargo, eso no cambia el hecho de que muchos están experimentando un

7 John Owen, *The Works of John Owen* [Las obras de John Owen], ed. W. H. Goold, 24 vols. (T&T Clark, 1850-1853), 7:3.

descarrió espiritual. De hecho, numerosos padres han visto que sus hijos no han progresado de un modo considerable durante los últimos años, así que su preocupación se intensifica debido al estrés que sienten por la condición espiritual de sus amados descendientes, y muchos de esos padres reconocen con humildad que, en parte, son culpables del letargo, la indiferencia y la ignorancia espiritual de sus hijos.

Tales manifestaciones de letargo e infidelidad espiritual revelan la existencia de un espíritu de descarrió del que debemos arrepentirnos. De hecho, el descarrió, sin importar de qué tipo sea, es algo muy serio ante los ojos de Dios. Como dijo Thomas Adams, «el descarrió siempre ha sido un pecado sumamente aborrecible para Dios; sí, es un paquete o conjunto de pecados que han sido unidos, todos los cuales desprecian Su honor y se oponen a Su naturaleza».⁸ Revelamos nuestra hipocresía para con el Dios de verdad; nuestra inconstancia para con el Dios que no cambia; nuestra infidelidad para con el Dios fiel, y nuestra ingratitud para con el Dios de gracia.⁹

Debemos (y podemos) regresar a Dios y Cristo por el Espíritu Santo. Oseas, preocupado porque el reino del norte estaba adorando a Baal, lo que se manifestaba principalmente en su idolatría sexual, ruega: «Vuelve, oh Israel, al SEÑOR tu Dios, pues has tropezado a causa de tu iniquidad» (Os 14:1). El arrepentimiento conduce a la vida y nos da una promesa:

Yo sanaré su apostasía,
Los amaré generosamente,
Pues Mi ira se ha apartado de ellos (Os 14:4).

El amor de Dios atrae y corteja al descarriado impenitente para que regrese a Él; es un amor gratuito: «Los amaré

8 Thomas Adams, *An Exposition upon the Second Epistle General of St. Peter* [Exposición de la segunda epístola general de San Pedro] (Henry G. Bohn, 1848), 570.

9 Adams, 570.

generosamente». Sin embargo, el arrepentimiento no está garantizado, como enseñan con claridad las Escrituras. Hay quienes se alejan del Señor lenta o rápidamente y, al parecer, jamás regresan. Pedro y Judas se arrojaron a un caldero de pecado, pero solo Pedro salió de él. En su perspicaz obra *The Backslider*, Andrew Fuller observa: «Sin embargo, más allá de cualquier diferencia que exista entre el abandono total y parcial de Dios, resulta difícil, si no imposible, que la propia parte involucrada la perciba en el momento».¹⁰ De igual modo, Richard Baxter hizo esta sabia observación: «El descarrio parcial tiene una tendencia natural hacia la apostasía total, y la produciría si no lo impidiera la gracia especial».¹¹ De verdad existe una cuesta resbaladiza, y algunos de los que resbalan siguen avanzando en ella hasta que caen en la oscuridad y la desesperación eterna.

Debemos abordar el hecho de que las Escrituras nos presentan muchos ejemplos notables de abandono total de la fe. Eso se conoce como *apostasía*. «Después de profesar la religión verdadera», dice Fuller, «apostatan de ella». Luego, añade: «Sé que es común pensar que el descarriado es un buen hombre que se encuentra en un mal estado mental. Sin embargo, las Escrituras no limitan el término a esa aplicación [...]. Es cierto que el descarrio siempre supone una profesión de la religión verdadera, pero no necesariamente implica la existencia de lo que se profesa. Hay un descarrio perpetuo, un retroceso para perdición».¹² Por lo tanto, no podemos considerar solamente el descarrio sin

10 Andrew Fuller, *The Backslider* [El descarriado] (Londres: Hamilton, Adams, and Co., 1840), 19. De un modo similar, Sinclair Ferguson comenta: «La solemne realidad es que ninguno de nosotros puede diferenciar el comienzo del descarrio y el comienzo de la apostasía. Se ven iguales». «Apostasy and How It Happens» [«La apostasía y cómo ocurre»], [en línea] 10 de abril de 2004. [Consulta: 21 de julio de 2025]. Disponible en: <https://learn.ligonier.org/devotionals/apostasy-and-how-it-happens>.

11 Richard Baxter, *The Reformed Pastor* [...] [*El pastor renovado*] (James Nisbet & Co., 1860), 125.

12 Fuller, *The Backslider*, 16-17.

también reflexionar su consecuencia cuando no hay arrepentimiento: la apostasía.

El objetivo de este libro no solo es demostrar la realidad del descarrio y la apostasía, sino también diagnosticarlo para que estemos conscientes de los peligros y síntomas de alejarnos del Señor y, de esa manera, podamos aplicar los diversos remedios que Dios ofrece en Su Palabra para sanar al alma descarriada. No puedo prevenir la apostasía total que imposibilita la restauración para arrepentimiento (véase He 6:4-6). Solo puedo esperar ser de ayuda para alarmar y despertar al descarriado a fin de que vea las verdaderas amenazas y peligros de la decadencia personal que conduce a la apostasía. Por lo tanto, aunque el diagnóstico es crucial, el remedio es aún más importante, y debe ser algo que haga que los descarriados dejen de alejarse para volver a Dios.

Si estás leyendo este libro, quizás te preocupa tu propia condición espiritual o la condición espiritual de algún ser querido al que estás tratando de ayudar. O puedes ser alguien, tal vez incluso un pastor, que siente que hay algo que no está bien en algunos miembros de tu congregación, así que decidiste buscar ayuda para reconocer y abordar los peligros que estás presenciando. ¡Quiera Dios ayudar a todos los pastores para que desarrollen esa sensibilidad atenta hacia los miembros descarriados de sus congregaciones! O tal vez eres un familiar preocupado que siente temor por el alma de un ser querido. Muchos de nosotros vivimos esa situación en algún momento de la vida. Ten consuelo; la mano del Señor no se ha acortado para salvar (Is 59:1), y Su mano es Su Hijo, Jesucristo, que encuentra a Sus ovejas y las lleva de regreso al redil. Sin embargo, es necesario identificar a los que se descarrian para que puedan ser hallados.

La frase «perdido y Él me halló» del himno «Sublime gracia»¹³ puede ser aplicable para el descarriado que regresa a Dios, por quien oramos para que pueda volver a cantar esas palabras

13 John Newton, “Amazing Grace!” [Sublime gracia] (1779), traducido por Cristóbal E. Morales.

El regreso del peregrino

con un nuevo fervor por la paciente, inmutable y sublime gracia de Dios.

1. El testimonio de las Escrituras

Oh, descarriados, su caso es terrible (Thomas Boston).¹

El descarrió y la apostasía

En el principio, Adán y Eva se apartaron de Dios, lo que los llevó a ser expulsados del templo del Señor (el Edén). Aunque su caso es único y distinto al del resto de las personas de la iglesia, ya que vivieron antes y también después de la caída, ellos fueron los primeros que se apartaron de Dios y, en un sentido, desempeñaron el papel de descarriados y apóstatas. Tras ser excomulgados del templo del Edén, fueron recuperados de un modo glorioso por la promesa de Dios (Gn 3:15) y volvieron a tener comunión con Él, aunque ahora como personas que iban a vivir con pecado remanente durante el resto de su vida en la tierra.

Desde los tiempos de la caída, la Biblia —desde Génesis hasta Apocalipsis— revela una perturbadora lista de ejemplos de descarriados y apóstatas de entre el pueblo de Dios. Sin embargo, la Escritura también revela al Dios paciente, perdonador

¹ Thomas Boston, *The Whole Works of Thomas Boston* [Las obras completas de Thomas Boston], 12 vols. (George and Robert King, 1852), 11:390.

y clemente debido al cual no es necesario que los descarriados permanezcan en ese sendero.

Como podríamos esperar, el descarrío es un problema del corazón. Lo mismo es cierto de la plena apostasía, pero en un sentido distinto. La apostasía muestra un corazón de piedra que ha resistido al Espíritu Santo de formas peculiares. En su momento, los apóstatas tuvieron un tipo de descarrío, pero no todos los descarriados son necesariamente apóstatas (¡gracias a Dios!). El cristiano genuino puede descarriarse, pero el santo que ha recibido el don de la fe sobrenatural desde lo alto no puede apostatar de forma definitiva de la fe. La débil gracia de los que están en Cristo siempre resulta vencedora. El apóstata que jamás vuelve al Señor puede haber profesado tener fe en Cristo, pero esa persona nunca fue genuinamente injertada en Cristo para dar frutos dignos de arrepentimiento, aunque sí puede haber experimentado muchas realidades espirituales.

En su excelente obra *Reflexiones sobre la experiencia religiosa*, Archibald Alexander tiene una sección sobre el descarrío donde no solo distingue entre el descarrío perpetuo y el temporal, sino que también señala que quienes viven vidas piadosas y consistentes pueden experimentar «breves períodos de comparativa frialdad e insensibilidad», de modo que «no siempre tienen la misma luz, vida y consuelo en la vida divina».² Estas ocurrencias son comunes en la vida de los cristianos fieles y no necesariamente deberíamos llamarlas *descarríos*. El descarrío, en cambio, es algo debido a lo cual el cristiano «es llevado a dejar gradualmente su caminar cercano con Dios, pierde el sentido vivo de las cosas divinas, se apega demasiado al mundo y se obsesiona demasiado con las cosas seculares, hasta que, al final, deja de guardar su corazón, omite o cumple con ligereza los deberes de adoración privados, se apaga su celo por el avance de la

2 Archibald Alexander, *Thoughts on Religious Experience* [*Reflexiones sobre la experiencia religiosa*] (Presbyterian Board of Publication, 1841), 206.

religión y realiza y defiende muchas de las cosas que alguna vez rechazaba su conciencia sensible».³ En otras palabras, hay una desviación de gran parte de su obediencia cristiana.

En este libro, no estamos hablando principalmente de los «breves períodos» cuando nos sentimos algo fríos en nuestra experiencia espiritual (p. ej. un mal día o una mala semana), sino del descarrío formal y de su relación con la apostasía. Los teólogos que han abordado este tema han sido sabios al no designar períodos de tiempo definidos para decir que el perezoso espiritual ha pasado a descarriarse oficialmente. Si dijéramos que con tres semanas de indiferencia hacia las cosas espirituales uno pasa a estar descarriado, alguien podría permitirse vivir dos semanas y media de «cristianismo casual». Confieso que no pretendo mencionar un periodo definido por esa misma razón, pero creo que es indudable que debemos ser cuidadosos cuando los días en que ignoramos a Dios y a Cristo rápidamente se convierten en semanas y meses. No puede haber lugar para permitírnos vacaciones del servicio de Cristo. Él nos llama a negarnos cada día (Lc 9:23). Por otro lado, la apostasía total resulta más fácil de definir en función de un período específico, pues el verdadero apóstata a fin de cuentas no regresa a la fe.

El teólogo escocés Ebenezer Erskine distingue entre «la deserción o el abandono total y parcial de Cristo».⁴ Los impíos (los réprobos) cometen lo primero (es decir, la deserción total), pero los piadosos pueden caer en lo segundo (es decir, la deserción parcial). Erskine añade que los piadosos pueden alejarse de forma temporal del Señor, «pues se les puede permitir que, por un período considerable, den muchos pasos terribles de deserción contra Cristo y Sus caminos». «Sin embargo», afirma, «cuando

3 Alexander, 207.

4 Ebenezer Erskine, *The Whole Works of the Rev. Ebenezer Erskine: Consisting of Sermons and Discourses on Important and Interesting Subjects...* [Las obras completas del Rvdo. Ebenezer Erskine: compuestas de sermones y discursos sobre temas importantes e interesantes], 3 vols. (William Baynes and Son, 1826), 1:24.

caen, son como la madera o el corcho que cae en el agua, pues, aunque al principio se hunden, vuelven a emerger por la fe y el arrepentimiento».⁵ Los creyentes verdaderos incluso pueden caer de un modo tal que llegan a ser catalogados como apóstatas, pero vuelven al rebaño porque la gracia resulta victoriosa. Como dice John Flavel en su libro *The Fountain of Life* [La fuente de la vida]: «Aunque los creyentes no tienen el privilegio de estar exentos del descarrío, sí están seguros frente a la apostasía final y la ruina. La nueva criatura puede enfermarse, pero no puede morir. Los santos pueden caer, pero volverán a levantarse (Mi 7:8)».⁶

El capítulo 17 de la Confesión de Fe de Westminster, «De la perseverancia de los santos», reconoce la realidad del descarrío. Si bien afirman la perseverancia final de todos los creyentes verdaderos (17.1-2), los teólogos de Westminster también reconocieron que es posible que algunos creyentes genuinos «caigan en pecados graves, mediante las tentaciones de Satanás y del mundo, el predominio de la corrupción que aún queda en ellos, y el olvido de los medios de su preservación; y que por un tiempo continúen en sus graves pecados: por lo cual incurren en el desagrado de Dios y contristan su Santo Espíritu, llegan a ser, en alguna medida, privados de sus gracias y privilegios, sus corazones pueden endurecerse y sus conciencias pueden herirse, pueden herir y escandalizar a otros y traer juicios temporales sobre ellos mismos» (CFW 17.3).

En el siguiente capítulo de la Confesión (18.4), leemos que los cristianos verdaderos pueden experimentar ataques contra la seguridad de su fe en medio de su descarrío. Como descuidan los deberes espirituales (p. ej., la oración, la adoración pública) y a veces caen en un patrón de pecado deliberado durante un

5 Erskine, 1:24.

6 John Flavel, *The Works of the Rev. Mr. John Flavel* [Las obras del Rvdo. John Flavel], 6 vols. (1820; reimpr., Banner of Truth, 1997), 1:352.

tiempo (p. ej., embriaguez habitual, consumo continuo de pornografía), hieren su conciencia y contristan al Espíritu Santo. Dios puede retirar «la luz de Su rostro» y permitir que, por un tiempo, esas personas «caminen en tinieblas y no tengan luz». Sin embargo, como dejan claro los teólogos, «los verdaderos creyentes nunca son totalmente destituidos de la simiente de Dios, y de la vida de la fe, de aquel amor de Cristo y de los hermanos, de aquella sinceridad de corazón y conciencia del deber, de las cuales, esta seguridad puede ser revivida a su debido tiempo, por medio de la operación del Espíritu que, mientras tanto, sostiene a los verdaderos creyentes para no caer en total desesperación» (CFW 18.4). Esta es una buena descripción del descarriado que ha vuelto a tener comunión con Dios.

Los teólogos de Westminster afirman cosas sobre los descarriados que, hoy en día, a veces negamos o nos avergüenza admitir. La idea de que los creyentes pueden acarrear juicios temporales sobre sí mismos, incurrir en el desagrado de Dios y caminar en tinieblas sin la luz del rostro de Dios prácticamente es negada por muchos predicadores que, en algunos casos, recibirían miradas extrañas y tal vez incluso airadas si se atrevieran a hablar de tales cosas desde el púlpito con una pizca de convicción.

Ahora bien, necesitamos recordar que este libro está principalmente dirigido a los cristianos profesos o los que alguna vez hicieron una profesión de fe, pero, al parecer, están caminando en tinieblas y alejándose de la presencia de la luz del Señor. El término *descarriado* alude a una persona que todavía forma parte de la iglesia visible y no ha abandonado la fe por completo. La palabra *apóstata* no describe a todos los incrédulos que hay en el mundo. Más bien, el apóstata es alguien que alguna vez perteneció a la iglesia visible por profesión de fe. Los apóstatas naufragan «en cuanto a la fe» y, por lo tanto, son entregados a Satanás (1 Ti 1:19-20). Salen de la iglesia, pero no eran parte del pueblo de Dios, «porque si hubieran sido de nosotros», dice Juan, «habrían permanecido con nosotros. Pero *salieron*, a fin de

que se manifestara que no todos son de nosotros» (1 Jn 2:19). Los apóstatas acarrearán más culpa sobre sí mismos que los paganos que no han sido expuestos al evangelio.

Los falsos maestros desenmascarados y desacreditados en la iglesia son culpables del peor tipo de apostasía, como explica Pedro: «Porque si después de haber escapado de las contaminaciones del mundo por el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, de nuevo son enredados en ellas y vencidos, su condición postrera viene a ser peor que la primera» (2 P 2:20). Como los maestros serán juzgados de un modo más estricto (Stg 3:1), a los falsos maestros apóstatas les espera un juicio severo.

El descarrío y la apostasía son temas ligados a la iglesia, de un modo u otro. Puede que un grupo de personas no alcanzadas no crea en el Hijo de Dios para el perdón de sus pecados, pero no nos estamos refiriendo a ellas en este libro.

Ejemplos del Antiguo Testamento

Los descarríos y la apostasía fueron frecuentes en el Antiguo Testamento. Hubo individuos que vivieron esas experiencias (p. ej., Esaú, la mujer de Lot). El rey Asa es uno de muchos ejemplos. Aunque el cronista tiene una visión general favorable de su reinado, en los últimos cinco años de su vida, Asa se descarrío y no confió en Dios como debió haberlo hecho; en cambio, prefirió confiar en sus alianzas con otras naciones (2 Cr 16:1-14). Al parecer, Asa fue castigado por su pecado (v. 12). El descarrío y la apostasía no solo se producen a nivel individual; también los vemos a nivel corporativo en el pueblo de Dios (véase Números y Jueces).

Deuteronomio menciona que hubo «hombres indignos» que dejaron al pueblo de Dios para servir a otros dioses (Dt 13:13). En los tiempos de Jeremías, Judá dejó al Señor para confiar en alianzas con naciones paganas como Egipto y Asiria, cuyos dioses no podían protegerlos (Jr 1:16). Por lo tanto, Jeremías declara:

Te castigaré tu propia maldad,
Y tus apostasías te condenarán.
Reconoce, pues, y ve que es malo y amargo
El dejar al SEÑOR tu Dios,
Y no tener temor de Mí», declara el Señor, DIOS de los ejérci-
tos (Jr 2:19).

Lo que aquí se denomina «apostasías», más adelante, en Jere-
mías 8:5, es llamado «rebeldía perpetua» [o «descarrío perpetuo»]:

¿Por qué es este pueblo de Jerusalén rebelde con rebeldía perpe-
tua? Abrazaron el engaño, y no han querido volverse (RVR1960).

Ambas frases aluden a alejarse del Señor, al abandono de las
fieles relaciones pactuales. Y aunque, para los fines de este libro,
estamos distinguiendo estas dos cosas, las Escrituras tienden a
verlas como realidades estrechamente relacionadas, y nosotros
también debemos verlas así.

El libro de los Jueces es otro claro ejemplo del descarrío y la
apostasía de Israel. En Jueces 2:11-15, el pueblo de Dios sirvió a
los Baales y abandonó al Señor: abandonaron al Dios que los había
rescatado de Egipto. Siguiendo a otros dioses, provocaron al Señor,
que los entregó en manos de sus enemigos. A pesar de su terrible
angustia, no escucharon. Sabemos esto por el continuo estribillo
que emerge una y otra vez en el libro de los Jueces: «Entonces los
israelitas hicieron lo malo ante los ojos del SEÑOR» (2:11; 3:7; 4:1;
6:1; 10:6; 13:1). Además, hubo varios reyes que hicieron lo malo
ante los ojos del Señor (p. ej., 1 R 15:26, 34; 2 R 21:20).

Podríamos mencionar muchos otros ejemplos. Ya sea que
leamos los profetas mayores (p. ej. Isaías, Jeremías) o los profetas
menores (p. ej., Oseas, Amós), vemos que, en el Antiguo Testa-
mento, el pueblo de Dios se alejaba constantemente del Señor, y,
en muchos casos, los juicios que recibieron fueron testimonios
de la gravedad de sus ofensas. Pues al que mucho se le ha dado,
mucho se le demandará (Lc 12:48).

Ejemplos del Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, la realidad del descarrío y la apostasía no desaparece simplemente por la estabilidad y las glorias del nuevo pacto. Tristemente, las páginas del Nuevo Testamento están repletas de sus peligros, e incluso hay libros completos (p. ej. Hebreos y Apocalipsis) que tienen el propósito de advertir a los cristianos respecto a los peligros de apostatar y a la necesidad de ser fiel a Cristo, la única esperanza de salvación en un mundo que un día será juzgado.

Pareciera que el autor de Hebreos hace del descarrío y la apostasía el foco central de su epístola, no solo en los pasajes obvios (He 6:4-6; 10:25-29), sino también en toda la carta, de principio a fin. De hecho, en la epístola, los ejemplos del Antiguo Testamento (p. ej., Sal 95) sirven de advertencia para los cristianos que viven en el nuevo pacto (He 3-4). Una muestra de eso es que el autor parece estar muy preocupado porque todos sus oyentes tomen en serio los peligros de «un corazón malo de incredulidad», que puede llevar a la gente a «apartarse del Dios vivo» (3:12). El engaño del pecado puede endurecernos y hacer que nos rebelemos contra Dios (vv. 13-15).

Nuestro Señor confronta a las siete iglesias, a veces con advertencias inquietantes. A la iglesia de Éfeso, le dice: «Recuerda, por tanto, de dónde has caído y arrepíentete, y haz las obras que hiciste al principio. Si no, vendré a ti y quitaré tu candelabro de su lugar, si no te arrepientes» (Ap 2:5). Además, en la carta a la iglesia de Laodicea, se les advierte a los laodicenses descarriados que su orgullo y complacencia puede llevarlos al juicio por su apostasía. Jesús declara: «Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueras frío o caliente! Así, puesto que eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de Mi boca. Porque dices: “Soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad”. No sabes que eres un miserable y digno de lástima, y pobre, ciego y desnudo» (3:15-17). El Señor, que permanece rechazado fuera de la iglesia, en Su gracia sigue llamando a la puerta y ofrece

restaurarlos si se arrepienten. Sin embargo, Jesús les da advertencias porque los ama («Yo reprendo y disciplino a todos los que amo. Sé, pues, celoso y arrepíentete», v. 19). Nadie puede cuestionar este tipo de cuidado pastoral de Cristo, aunque alguien podría pensar secretamente que el Señor está hablando con demasiada dureza para nuestra sensibilidad moderna. La realidad de Sus palabras nos muestra que, en ocasiones, toda una congregación puede estar a la deriva en el plano espiritual.

Ninguno de los ejemplos ofrecidos debería sorprendernos si le hemos dado una lectura —incluso superficial— a los Evangelios. En la parábola del sembrador, Jesús destaca que hay varios tipos de personas. Hay ciertos oyentes («en [quienes] se sembró la semilla en pedregales», Mt 13:20) que oyen la Palabra e incluso la reciben con gozo. Tales personas «no [tienen] raíz *profunda* en sí [mismas], sino que solo [son temporales], y cuando por causa de la palabra viene la aflicción o la persecución, enseguida se [apartan] de ella» (v. 21). Se apartan, cometen apostasía.

Alejarse del Señor es algo grave. La mujer de Lot «miró *hacia atrás*» y fue destruida (Gn 19:26; véase también Lc 9:62, «Nadie, que después de poner la mano en el arado mira atrás, es apto para el reino de Dios»). Jesús tuvo discípulos que «se apartaron y ya no andaban con Él» (Jn 6:66). Dios no se complace en los que «retroceden para perdición» (He 10:38-39). La vida cristiana es un progreso, pero el regreso espiritual es eso: un retroceso. Y, a veces, ese «regreso» termina manifestándose como apostasía, si no hay arrepentimiento. Es huir de Dios para correr hacia otro dios y llegar a ser como ese dios (Sal 115:4-8; 135:15-18).

Mucha gente en la iglesia les gusta el dicho: «Hay que centrarse en lo principal y dar menos importancia a lo secundario». Naturalmente, hay algo de verdad en esto, ¡si tan solo pudiéramos ponernos de acuerdo sobre qué es lo «principal» y qué es lo «secundario»! Pero si adoptamos tal enfoque en el ministerio pastoral, podría significar muchas más advertencias sobre los peligros del descarrío y la apostasía de lo que nos resultaría

cómodo. Nuestro Señor no dudó en advertir a sus oyentes, y tampoco lo hizo el autor de Hebreos.

Además de la Confesión de Fe de Westminster, los Cánones de Dort explican que las advertencias son positivas para la perseverancia de los santos. En el artículo 14 del quinto capítulo («De la doctrina de la perseverancia de los santos»), leemos: «Como agradó a Dios comenzar en nosotros esta obra suya de la gracia por medio de la predicación del Evangelio, así Él la guarda, continúa y perfecciona por el oír, leer y meditar en él, así como por las amonestaciones, las amenazas, las promesas y el uso de los sacramentos».⁷ Dios preserva a Su pueblo a través de muchos medios, entre ellos las promesas y las amenazas.

De hecho, cuando el apóstol Pablo escribe a la iglesia de Corinto, incluye una sección relativamente extensa e importante sobre este mismo punto. Después de recordarles a sus oyentes los pecados de algunos santos del Antiguo Testamento con los que Dios no se agradó y los juicios divinos posteriores, Pablo les dice a los corintios que esos eventos históricos pasados del pueblo de Dios «sucedió como ejemplo para nosotros, a fin de que no codiciemos lo malo, como ellos lo codiciaron» (1 Co 10:6). Debemos evitar las diversas tentaciones a alejarnos del Señor para seguir la idolatría. La infidelidad que cometieron en

7 Hablando sobre una amenaza del evangelio, John Owen escribe: «A algunos les ha invadido la equivocada idea de que toda advertencia sobre la ira futura para los creyentes es legalista; y que, por lo tanto, los predicadores del evangelio no deben practicarlas. ¡De esta manera, pretenden ser más sabios que Jesucristo y todos Sus apóstoles! Al hacer esto desarmen al Señor y lo exponen al desprecio de Sus peores enemigos. Estas *advertencias evangélicas* son de gran utilidad para los creyentes. De hecho, se ha observado que quienes han sabido manejar con inteligencia las advertencias del evangelio hacia la conciencia de sus oyentes han tenido un ministerio muy efectivo, tanto para la conversión como para la edificación. Quienes escuchan la palabra pueden aprender su deber cuando tales advertencias les son explicadas claramente». *The Works of John Owen* [Las obras de John Owen], ed. W. H. Goold, 24 vols. (T&T Clark, 1850-1853), 3:287.

el pasado los que afirmaban ser parte del pueblo de Dios debería instruirnos (v. 11) y librarnos de tener una confianza desmedida. Después de todo, Pablo nos advierte: «El que cree que está firme, tenga cuidado, no sea que caiga» (v. 12).

Los hechos de la historia bíblica testifican que muchas veces el pueblo de Dios no consideró que el Dios infinito era satisfactorio, amoroso y suficiente. Pensaron que la bondad de Dios era inaceptable, poco atractiva y aburrida. Y al hacer eso, cayeron en una especie de ateísmo práctico. El apóstata niega al Dios que alguna vez dijo conocer por medio de Cristo, y, según Stephen Charnock, «es una afrenta mayor negarlo después de experimentar Su dulzura y asistencia que negarlo antes de haber tratado con Él o de haberlo probado».⁸ También agrega que «aunque toda apostasía comienza con un descuido, madura rápidamente y se convierte en odio».⁹ El apóstata odia a Dios. El descarriado debe oír la advertencia de que alejarse de Dios es una especie de odio oculto que, si no es controlado, tristemente puede convertirse en odio abierto.

Aplicación

¿Qué lecciones podemos extraer de este breve análisis de los ejemplos de la Palabra de Dios?

En primer lugar, Dios advierte a Su pueblo respecto a su alejamiento para que vuelvan a Él en fe y arrepentimiento. Esta verdad aparecerá muchas veces en este libro porque se repite con frecuencia en la Palabra de Dios. ¡El cuidado pastoral requiere advertencias cuando es necesario! No deberíamos asustar a los piadosos que, conscientes de sus pecados, viven en comunión con Dios y con Su pueblo. Sin embargo, sí tenemos un deber

8 Stephen Charnock, *The Complete Works of Stephen Charnock* (Las obras completas de Stephen Charnock), 5 vols. [James Nichol, 1864-1866; reimpr., Banner of Truth, 1985], 5:492.

9 Charnock, 5:492.

para con los que se han vuelto tibios. También podemos ver que Cristo da promesas para los descarriados de Éfeso y Laodicea (véase Ap 2:7; 3:20-21). Es cierto que Sus amenazas son reales, pero también lo son Sus ofertas de misericordia y gracia. Si un doctor le dijera a un paciente enfermo que todo está bien, lo acusaríamos de negligencia. Tristemente, hoy en día hay muchos pastores a los que les da miedo confrontar a los descarriados, y eso puede ser un indicio de que el propio pastor lo está. Sin embargo, el pastor también necesita presentar las mismas promesas y consuelos a los descarriados (que se arrepienten) que vemos en la Palabra de Dios. Si estamos seguros de que existe un remedio para una enfermedad, no deberíamos titubear al exponer esa dolencia espiritual.

En segundo lugar, esta discusión ha demostrado que alejarnos del Señor es un tema predominante en la historia de la Biblia. Sin embargo, podemos distinguir entre el alejamiento total (la apostasía) y el alejamiento temporal (el descarrío). Resulta difícil distinguir esas dos cosas cuando la persona se encuentra en el proceso de alejarse del Señor. Sin embargo, John Owen destaca el importante hecho de que «podríamos decir que, en general, una regla segura es que, indudablemente, la condición de quien está espiritualmente sensible a la maldad de su descarrío es recuperable; y es posible que algunos que aún no están sensibles a esa maldad lleguen a estarlo, siempre y cuando puedan alcanzar dicha sensibilidad por medio de convicciones. Ninguna persona ha perdido toda esperanza de ser salvo si no ha perdido toda posibilidad de arrepentirse; y nadie ha perdido toda posibilidad de arrepentirse si no se ha endurecido absolutamente contra todas las convicciones del evangelio».¹⁰ Siempre hay esperanza, a no ser que alguien esté «absolutamente endurecido» contra el evangelio. Y si alguien es sensible a su propia tibieza, tenemos la esperanza de que la luz del evangelio comience a brillar en las tinieblas que —rogamos— solo irrumpieron por un tiempo en el alma.

10 Owen, *Works*, 7:236.

Para mayor reflexión

1. ¿Puedes mencionar otros ejemplos de descarrío y apostasía en las Escrituras que no se hayan mencionado en este capítulo?
2. ¿Cuál es la diferencia entre el descarrío y la apostasía?
3. ¿Ves este peligro en la iglesia de hoy? ¿Cómo?
4. Lee y medita en Oseas 14; 1 Corintios 10:1-12; y Hebreos 3-4.